

Ana Alonso

Caída global

Ilustraciones
de Laia Pàmpols

ANAYA



PIZCA DE SAL

Caída global



PIZCA DE SAL

1.ª edición: septiembre 2025

© Del texto: Ana Alonso, 2025

© De las ilustraciones: Laia Pàmpol, 2025

© De las fotografías e ilustraciones del dossier: Istockphotos/Getty Images
(Delmaine Donson; Iantfoto; Id-work; Ilyasov; Khamhoung Panyavong;
Miniseries; Mlenny; Nadzaya Dzivakova; Rabbit Photo; Shohag Hossain;
Sloth Astronaut; SophonK; Victor Metelskiy)

© Grupo Anaya, S. A., 2025

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

www.pizcadesal.es

Diseño:

Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano

Patricia Gómez Serrano

ISBN: 978-84-143-4248-0

Depósito legal: M-13872-2025

Impreso en España. Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

Caída global

Ilustraciones
de Laia Pàmpols



ANAYA

CAPÍTULO 1. LA ÚLTIMA CONEXIÓN

MATEO

Pasaban ya de las doce de la noche del jueves y la única luz en mi habitación era la de la pantalla del ordenador. Kernel, mi gato, dormía hecho una bola negra sobre mi cama. El muy vago solo se mueve para reclamar comida o para tumbarse encima de mi teclado en el peor momento posible.

«¿Sigues ahí?». El mensaje de Elisa parpadeó en Discord.

«Sí, perdona. Es que Kernel ha decidido que mi regazo era el mejor sitio para dormir y no quería despertarlo», mentí.

La verdad es que llevaba cinco minutos mirando su último dibujo sin saber qué responder. Era un retrato mío, o más bien, una versión muy mejorada de mí que solo existía en la cabeza de Elisa. En el dibujo, estaba bien peinado y sonreía con seguridad, como esa clase de tíos que nunca se ponen nerviosos por nada. Ojalá fuese así en la vida real.

«¿No te ha gustado?», preguntó.

«Es increíble. Solo que no me parezco tanto a Ryan Gosling».

«No te he dibujado como Ryan Gosling...».

«Era una broma... Ya sabes que soy más del estilo Steve Buscemi con gafas».

«Jajaja, ¡qué exagerado! Aunque a mí me gusta Steve Buscemi».

Sonreí. Siempre sabía qué decir para hacerme sentir mejor. Llevábamos seis meses hablando casi a diario, primero en un foro de arte digital donde yo pedía consejos para diseñar el logo de mi *app*, luego en X, y al final aquí, en nuestro canal privado de Discord.

«¿Nervioso por el sábado?», me preguntó.

Tragué saliva. El sábado. Después de meses de conversaciones de madrugada, videollamadas y mensajes interminables, por fin íbamos a vernos en persona.

«Un poco. ¿Tú no?».

«Estoy aterrada... Pero en el buen sentido, ya sabes».

«Estoy aterrada... Eso es lo que dice la gente antes de tirarse por primera vez en paracaídas. En el buen sentido, jajaja».

«No. Esto es muy distinto. Es como... el cosquilleo cuando estás a punto de abrir un regalo. Nerviosismo y emoción».

Me quedé mirando sus palabras. Elisa siempre encontraba comparaciones perfectas para explicar esos sentimientos que no sabes ni lo que son...

Mientras buscaba una respuesta decente, mi ordenador emitió un pitido raro. Una notificación apareció en la esquina inferior de la pantalla: «ALERTA DEL SISTEMA: Detección de patrón anómalo en los servidores principales. Se recomienda guardar datos sensibles».

No era una notificación normal de Windows ni de ninguna de mis aplicaciones. Parecía algo del programa de monitorización de redes que estaba probando para mi proyecto de fin de curso.

«Qué raro».

«¿El qué?», preguntó Elisa.

«Nada, una notificación extraña. Seguramente un *bug* del programa que estoy probando».

Mi instinto de programador me decía que no podía dejar pasar aquello sin investigar qué pasaba, pero era muy tarde y no quería dejar colgada a Elisa. Además, al día siguiente tenía que levantarme temprano para ir a clase.

«Oye, ¿y si adelantamos el plan? En lugar de esperar al sábado, ¿nos vemos mañana después de clase?»

La idea se me había ocurrido ese mismo día, pero no me había atrevido a proponerla antes.

«¿Mañana? ¿No puedes esperar a verme? ».

«La verdad es que no. Llevo seis meses hablando con la chica más interesante del planeta y estoy harto de que solo sea una voz y una imagen pixelada».

«Vale».

«¿Vale...?».

«Vale = sí, me encantaría verte mañana ».

Mi corazón empezó a latir tan fuerte que pensé que Kernel se despertaría por las vibraciones. Íbamos a vernos... casi ya. No el sábado. MAÑANA VIERNES.

«Genial. ¿Mismo sitio? ¿El Oso y el Madroño a las cinco?».

«Sí, perfecto. Llevaré mi cuaderno, así podrás ver todos mis dibujos, no solo los que he escaneado».

«Yo llevaré a Kernel en mi mochila para que te conozca. Es broma. A no ser que quieras conocerlo».

«Me encantaría conocer a tu famoso gato programador ».

«Él prefiere que le llamen supervisor de código. Es muy quisquilloso con su título profesional».

Mientras bromeábamos, la alerta volvió a aparecer en mi pantalla, esta vez con un mensaje adicional: «Anomalía detectada en múltiples nodos. Patrón consistente con posible interrupción programada».

La ignoré de nuevo. Seguro que era algún tipo de mantenimiento rutinario de los servidores. Pasa de vez en cuando.

De repente, me di cuenta de algo importante.

«Espera, ¿cómo vamos a reconocernos mañana? Nunca hemos intercambiado números ni nada».

«Yo te reconoceré por tu camiseta de Star Wars. Tú me reconocerás por mi pelo azul».

«Mi camiseta estará en la lavadora y tu pelo es castaño oscuro».

«Vale, listillo. Yo llevaré mi cuaderno de bocetos azul. ¿Y tú?».

Pensé un momento. «Llevaré mi gorra roja de los Yankees. La verdad es que no tengo ni idea de béisbol, pero era de mi abuelo».

«Perfecto. Gorra roja + cara de no haber dormido por estar programando = tú».

«Cuaderno azul + cara de artista soñadora = tú».

«¡Oye! No tengo cara de soñadora. Tengo cara de... persona normal».

«¿Desde cuándo ser soñadora es malo? Los soñadores cambian el mundo. Los realistas solo se adaptan a él».

«¿Eso lo acabas de inventar o es una cita de alguien famoso?».

«Lo he sacado de una galleta de la fortuna, pero ha sonado profundo, ¿eh? Nah..., se me ha ocurrido a mí».

Nos quedamos hablando hasta las dos de la madrugada, como tantas otras noches. Discord mostraba que Lucas y Adrián también estaban conectados en el servidor que compartíamos, pero con el modo «No molestar» activado. Probablemente estarían teniendo una de sus intensas discusiones sobre literatura que duraban hasta el amanecer.

En otra sala del servidor, Diego había dejado un mensaje para Marta: «¿Hablamos mañana? Tengo que contarte algo importante».

Conocía a los cinco por el servidor de «Encuentros Imaginarios», dedicado a arte, literatura y tecnología. Ninguno iba a mi instituto y nunca nos habíamos visto en persona, pero después de tantos meses, a veces sentía que los conocía mejor que a los compañeros con los que me cruzaba a diario en los pasillos.

«Ay, me estoy cayendo de sueño», escribió Elisa finalmente.

«Vete a dormir, artista. Necesitas descansar para dibujarme mañana en todo mi esplendor».

«Qué tonto eres . Buenas noches, Mateo. Mañana por fin sabré si eres real o solo una IA muy convincente».

«Respuesta: soy real. Aunque a veces me siento como un bot mal programado, sobre todo cuando hablo con personas reales».



«Para mí siempre has sido real. Incluso cuando solo eras @CodeMonkey42 en aquel foro».

«Buenas noches, Elisa. Hasta mañana».

«Hasta mañana ».

Su estado cambió a «Desconectado». Suspiré y me estiré en la silla. Kernel abrió un ojo y maulló suavemente, como preguntándome cuándo me iba a dormir.

—Ya voy, ya voy —le dije, acariciándole la cabeza.

Antes de apagar el ordenador, pensé en mandar un mensaje a Elisa con mi número de teléfono. Por si acaso pasaba algo. Por si alguno se retrasaba al día siguiente. Pero ya era tarde. Se lo daría cuando nos viésemos cara a cara.

Justo cuando iba a cerrar la sesión, la tercera alerta apareció, más urgente: «ADVERTENCIA CRÍTICA: Multiplicidad de fallos detectados en nodos principales. Posible cascada de errores inminente. Se recomienda realizar copias de seguridad y contactar con el administrador de red».

Esta vez me preocupé un poco más. Abrí el monitor de red para echar un vistazo rápido. Los patrones de tráfico mostraban algo extraño. Era como si algo estuviera ejerciendo presión sobre un montón de puntos de la infraestructura de internet a la vez.

«Qué raro —pensé—. Parece casi... organizado».

Kernel maulló de nuevo, esta vez más insistente.

«Ya lo miraré mañana», decidí. Cerré todas las ventanas abiertas y apagué el ordenador.

Me metí en la cama y Kernel se acomodó a mi lado, ronroneando. Antes de dormirme, estuve un buen rato fantaseando con lo que iba a pasar al día siguiente. Por fin iba a conocer a Elisa. Por fin vería su sonrisa en directo, no a

través de una pantalla medio pixelada. Por fin sabría si lo nuestro era tan real como parecía.

Lo que no imaginaba era que esa noche sería la última vez que internet funcionaría en mucho tiempo.

Y que el mensaje con mi número de teléfono, ese que decidí no enviar, lo habría cambiado todo.

CAPÍTULO 2.

DIBUJOS EN LA INCERTIDUMBRE

ELISA

Abrí los ojos antes de que sonara la alarma. La luz se colaba entre las cortinas dibujando líneas doradas en la pared. Por un momento me quedé mirándolas, pensando en cómo las pintaría... Acuarela con toques de *gouache* para los brillos más intensos.

Entonces me acordé: era hoy. Viernes. Por fin iba a conocer a Mateo.

La víspera habíamos decidido adelantar la cita del sábado, y la idea me había mantenido en un estado de nerviosismo e ilusión toda la noche.

Me incorporé de golpe y busqué el móvil bajo la almohada. Quería comprobar si me había mandado algún mensaje de última hora. A veces le entraba el pánico social y cambiaba planes en el último momento; le había pasado dos veces con nuestras videollamadas.

La pantalla no respondía. La reinicié, pero nada. Sin señal, sin wifi, sin datos móviles.

«Qué raro».

Mi primer pensamiento fue estúpidamente optimista: «No hemos pagado la factura».

No habría sido la primera vez. Mi madre tiene tanto jaleo en el hospital y es tan desastrosa con el dinero que a veces nos pasan estas cosas.

Me levanté y fui a la cocina. Mamá ya se había ido a trabajar, pero había dejado una nota en la nevera con un imán en forma de jeringuilla (regalo mío de hace dos navidades):

«Hay leche y cereales. Llego a las 8. Te quiero».

Encendí la vieja radio que tenemos en la cocina mientras preparaba el desayuno. Una voz nerviosa hablaba atropelladamente:

«... confirmamos que la interrupción afecta a todo el territorio nacional y, según fuentes internacionales, a la mayoría de los países. Los expertos hablan de un colapso sin precedentes en las infraestructuras de comunicación digital. Se ruega mantener la calma y...».

Dejé caer la cuchara en el bol de cereales. ¿Colapso? ¿Sin precedentes? Sonaba como el principio de una de esas películas apocalípticas que Mateo y yo vemos a la vez, cada uno en nuestra casa, mientras las comentamos por el chat.

Sentí un vacío en el estómago. Sin internet, ¿cómo iba a contactar con él? No tenía su número, ni su dirección, nada... Solo una cita a las cinco en el Oso y el Madroño.

Pasé el día en un estado de confusión borrosa, como un dibujo mal enfocado. En el instituto faltaban por lo menos la mitad de los compañeros. Los profesores intentaban dar clase, pero el murmullo de fondo no paraba: todos queríamos saber lo que estaba pasando. Nadie prestaba

atención. Los libros digitales no podían abrirse en las pantallas. La biblioteca digital, inaccesible. Hasta el timbre se había desincronizado.

Eva, la profesora de Plástica, intentó aprovechar el caos para dar una clase diferente:

—¡Es el momento perfecto para dibujar del natural! Sin referencias de internet, sin tutoriales de YouTube. Solo vosotros y lo que veis.

Pero ni siquiera yo podía concentrarme. Dibujé sin parar en mi cuaderno azul, pero pasé del bodegón que Eva había improvisado con sus dos mandarinas del almuerzo, un brik de zumo y una cesta para lápices. Lo que hice fue dibujar a Mateo una y otra vez. Quería captar su rostro tal y como lo recordaba de nuestras videollamadas de baja calidad. No sé por qué con todo aquello me había entrado miedo... ¿Y si se me olvidaba cómo era?

Al salir, Madrid parecía otra ciudad. La gente hablaba en voz alta en las calles, preguntando direcciones, compartiendo rumores, uniéndose a grupos de desconocidos, parados en medio de la calle, a ver si se enteraban de algo. Los bares estaban llenos de gente y, como la tele no funcionaba, todos hablaban con todos. Hasta la calle llegaban algunas de las cosas que decían: «Ataque informático masivo... Un virus... No, una tormenta solar...».

Detrás de mí, en el autobús (que por suerte aún funcionaba), una chica iba hablando con su madre:

—¡Es horrible! Mi TFG estaba en la nube. ¡TODO estaba en la nube!

Su madre la abrazaba mientras ella se dejaba llevar y sollozaba en alto. El resto del autobús se quedó en silencio.

¿Cuánta gente habría así, como ella? Trabajos de clase, tesis doctorales, libros de poemas o las investigaciones de toda una vida colgadas en la nube... Me sentí afortunada por ser una artista «analógica». Mis dibujos estaban a salvo en mis cuadernos, no andaban perdidos en algún servidor remoto.

Cuando llegué a casa intenté llamar a mi madre desde el fijo, pero las líneas estaban saturadas. Al menos teníamos un teléfono antiguo que no dependía de la electricidad. Mi vecina del quinto, doña Pilar, una señora mayor que siempre que hacía galletas en el horno nos bajaba un platito para que las probásemos, llamó a la puerta.

—Elisa, cariño, ¿sabes qué pasa? Mi tele no funciona. Y el mando tiene pilas. No sé qué es... Y WhatsApp nada, no manda los mensajes. Llamo a mi hija y da como si lo tuviese apagado. No me funciona nada.

Le expliqué lo poco que sabía. Su cara pasó de la confusión al alivio.

—¡Ah, menos mal! Pensaba que la había liado yo cargando el teléfono con el cargador antiguo, y que el mando se me había estropeado porque no me doy cuenta y muchas veces me siento encima. Tengo la cabeza...

—No, doña Pilar, no es su cabeza. Es el mundo, que se ha vuelto loco.

Sonrió.

—Yo viví sin internet hasta los sesenta años. Sobreviviré. ¿Quieres subir a por unas rosquillas? Las hice ayer.

La acompañé a su piso, cogí un par de rosquillas y le prometí que me pasaría más tarde para asegurarme de que estaba bien. Me di cuenta de que apenas había hablado con ella en el último año o así... Siempre entro y salgo de casa



mirando el móvil, es una costumbre que he cogido. Cuando me cruzo con algún vecino en el portal, saludo, claro, pero sin dejar lo que estoy mirando.

De vuelta en casa, no sabía qué hacer para calmarme. Intenté leer, pero mis ojos resbalaban por las líneas de palabras sin que la información llegara a mi cerebro. Tenía la mente en otra cosa. En la espera. En el maldito tiempo. Cada dos por tres me levantaba a mirar el reloj de la cocina. Las dos, las dos y media... La idea de esperar hasta las cuatro para ponerme en camino hacia Sol se me hacía insoportable. Necesitaba hacer algo, moverme, sentir que estaba yendo hacia él, aunque fuese demasiado pronto.

Después de comer tomé la decisión. No podía esperar más. Lo mejor era salir ya hacia el centro. Así podría buscar el camino con calma. Sin Google Maps, iba a tener que orientarme al estilo antiguo. Sabía que mamá tenía guardado un plano de Madrid en alguna parte, pero no lo encontré.

Metí en la mochila el cuaderno azul, una bolsa de tela con lápices, las dos rosquillas de doña Pilar envueltas en papel de aluminio, agua y el poco dinero que tenía en efectivo. Vi mi *tablet* apagada sobre el escritorio y estuve a punto de dejarla, pero al final la guardé también. Internet volvería en cualquier momento, estaba segura.

Antes de salir, miré por la ventana. El cielo se había nublado y el ambiente en la calle era una extraña mezcla de quietud y miedo. La ciudad parecía contener la respiración. Y yo, también.

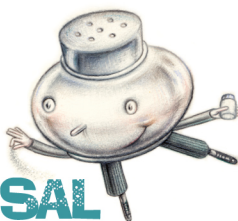
Caída global

Un buen día, sin previo aviso, internet sufre un apagón a nivel global, provocando un caos generalizado. Seis amigos que solo se conocen a través de Discord intentarán encontrarse, ayudarse y resolver los conflictos sentimentales que habían dejado pendientes justo antes de la caída de la red.

Con este libro aprenderás...

Sobre las vulnerabilidades de internet y sobre los retos de las relaciones interpersonales en un mundo tan dependiente de las nuevas tecnologías como el nuestro.

Área de lengua



PIZCA DE SAL

¡Para hacer más sabrosa la lectura!



ANAYA

www.anaya infantil y juvenil.com